

**ASSIA MOHSSINE Y SAMUEL RODRÍGUEZ (COORDS.) (2023),
*FIGURACIONES DEL MAL EN LAS CREADORAS HISPÁNICAS
CONTEMPORÁNEAS*, SEVILLA, EDICIONES ALFAR, 373 P.**

F*iguraciones del mal en las creadoras hispánicas contemporáneas* se trata de un compendio que contiene los análisis literarios de la obra de catorce escritoras hispánicas. El libro consta de dos partes: en la primera se habla de las autoras españolas, y en la segunda, de las hispanoamericanas. Diversos analistas intervienen los textos con la orientación de un concepto o categoría analítica central: la aparición del mal en los personajes femeninos. Así, se revisa la creación literaria de Fanny Rubio, Ana María Matute, Josefina Molina, Cristina Fernández Cubas, Espido Freire, Patricia Esteban Erlés, Guadalupe Nettel, Atenea Cruz, Silvia Peláez, Ana Clavel, Fernanda Melchor, Silvina Ocampo, Matilde Sánchez y Ariana Harwicz.

Algunas de estas creadoras se desempeñan en disciplinas como el cine, tal es el caso de Josefina Molina, o en el teatro, como Silvia Peláez. También encontramos ejercicios metatextuales realizados por la creadora misma, como lo ha hecho Fanny Rubio con su *María Magdalena* o Silvia Peláez con su trabajo dramaturgico.

En esta reseña comparto algunos puntos de vista —desde mi posición como receptora— sobre la escritura de otras investigadoras que también analizaron los textos literarios desde su lugar de recepción. La metatextualidad —como la serpiente— se muerde la cola en esta suerte de doble ejercicio de transtextualidad manifiesta (Genette, 1989).

Para dejar prendido el aguijón del interés, haré comentarios exhaustivos sobre mis impresiones: es mejor que cada quien aborde este tren por el vagón que más le apetezca y haga su recorrido personal con base en sus aficiones y latidos. Para mí, entrar a *Figuraciones del mal...* ha sido parecido a mirar un mapa imaginario en el que aparecen muy cerquita España e Hispanoamérica, y, como si se tratara de la invitación a emprender un viaje sin itinerario definitivo, me he preguntado: ¿qué deseo visitar de todo ese territorio?, ¿a dónde voy primero? Y, al no consistir fácticamente en ciudades, pueblos o capitales, las regiones en el mapa ofrecido son, en cambio, sugerentes narraciones que, en sí mismas, encierran cada una diversos mundos posibles donde domina el espíritu de lo femenino.

Mi propia afición me llevó a elegir primero a Espido Freire, creadora española que conocí alrededor de 2010 gracias a mi amistad con Juana Mateos de la Higuera, cuando pensábamos con qué material literario hablarle al estudiantado de preparatoria que tenía curiosidad por la licenciatura en Literatura de la Universidad Modelo. Elegimos los *Cuentos malvados* de esta autora bilbaína. *Donde siempre es octubre* fue el sitio que visité con la guía de Samuel Rodríguez para reconocer una ciudad, Oilea, que se parece en muchas cosas a mi Mérida, Yucatán. En una cita de Espido Freire que el investigador trae a cuenta en su análisis, dice:

Oilea está dividida como una nuez [...] y que las dos mitades huyen y se evitan una a la otra, cada una a un lado de la calle de los Cerezos. Así ha sido siempre, Oilea es mala, como todas las ciudades pequeñas [...]. Está tan podrida y rancia que de su propio seno nacerá el gusano que la destroce, que implante un nuevo orden. (p. 89)

Hace poco yo misma redacté algo sobre la Mérida figurada en la imaginación de su élite tradicional como “ciudad blanca”:

Norte y sur, división simbólica de la ciudad que, como si fuera un pastel, puede cortarse por la mitad tomando como eje su Plaza de Armas, para encontrar sin mezclas de un lado lo valioso y del otro lo pobre y sin merecimiento. Para el desprecio del sur es relevante que en otras épocas ahí se encontraba la zona de tolerancia. (2025, pp. 268-269)

“Lo que en nuestra ciudad aprendimos, soñamos y odiamos nos acompañará por siempre. Lo que somos no se desvanece simplemente por cambiar de lugar” explica Rodríguez; en la Oilea de Espido Freire, la vida se reduce “a pequeños hábitos cotidianos pequeño-burgueses” (pp. 90-91).

En esta ciudad de la historia freireana, el mal contenido u oculto en una urna de cristal hace un ruido parecido a los arañazos de una rata. En dicho lugar, como en la frase concitada de Ramón Gómez de la Serna, los gusanos nunca serán mariposas..., porque algo se pudre desde dentro y aunque agudicemos la mirada para penetrar el vidrio no lograremos distinguir exactamente qué cosa es. Es que Oilea —como

Mérida— es una ciudad tan pequeña que ella misma se siente el centro del universo, pero en su interior todo está podrido.

Después, en mi viaje sin plan de vuelo por el libro, brinqué a Hispanoamérica para, de la mano de Assia Mohssine, recorrer la escritura de Ana Clavel. El deseo es ¿fuerza del mal o potencia liberadora?, pregunta Assia, quien emprende el análisis desde el origen bíblico de la concepción del deseo en su carácter de pecado. El acto de desear que tiene como objeto lo sexual transfiere su nocividad y su impronta inmoral pecaminosa a cualquier ejercicio de la sexualidad que carezca de una motivación superior al bajo propósito de obtener placer. El acto de desear encierra una malignidad que lo vuelve peligroso y habrá de evitarse a toda costa, especialmente en la simbolización tradicional de lo femenino. En la interpretación religiosa del binomio deseo/sexualidad las prácticas sexuales encierran una connotación inmoral, la cual es posible de expiarse si el encuentro sexual tiene un propósito expresivo de amor, afecto y adquisición de responsabilidades, principalmente para reproducir a la especie (Lamas, 2025). De lo contrario, el intercambio de los sexos sería meramente instrumental y, por lo tanto, el acto resulta inmoral. Mohssine afirma que en la novela *Las violetas son flores del deseo*, de Ana Clavel, subyace la premisa de que “el mal existe y debe su origen a la mujer. Ella es, en esencia, la fuente del deseo y el mal que se apodera del hombre. En otras palabras, la mujer es la otredad maligna” (Clavel en Mohssine, p. 183).

Como en su momento lo explicó Freud, el deseo es una energía que no se colma; el deseo humano tiene los límites que la cultura logra imponerle; además, la pulsión sexual es indiferente a las características y condiciones del cuerpo deseado, y el deseo humano, al contrario del instinto animal, jamás encuentra resolución absoluta. Assia cuenta cómo en la novela de Clavel el deseo nace de la mirada, pero emerge en la interacción depredador/presa, donde el objeto de ese deseo será tomado por la fuerza: “El caso del narrador-protagonista de *Las violetas son flores del deseo* es el de una subjetividad especular que lucha por no transgredir la norma, atrincherado con su culpa y sus pequeños juguetes y “trofeos” en una habitación del jardín de su casa” (p. 189).

Después regresé a España a visitar a “la endemoniada María Magdalena”, en la novela *El dios dormido*, de Fanny Rubio, para entender lo injusta que ha sido la historia bíblica en complicidad con la literatura universal al construir a María Magdalena como un mito de lo indeseable en la simbolización tradicional-patriarcal de lo femenino. La configuración de Miriam de Betania (María Magdalena) ha asentado

en su figura los estereotipos del arrepentimiento por la vida sexual libre y gozosa de la cortesana, la prostituta o simplemente la pecadora sexual. Para Rubio, el gnosticismo avanza una versión distinta de la Magdalena universalizada como pecadora arrepentida; en cambio, muestra en ella a la primera testigo de la Resurrección: Magdalena es la que descubre así el conocimiento de sí misma, y la conciencia de la divinidad abre otra posibilidad de narrar a este personaje bíblico. Se está ante el hallazgo de una *episteme* diferente sobre Magdalena que potencialmente cambiaría la *doxa* popular sobre su figura.

Más adelante, me vi en un sitio donde hay *Temporada de huracanes*, novela de Fernanda Melchor analizada en *Figuraciones del mal* por María Guadalupe Sánchez Robles. En *Temporada de huracanes* habitan las brujas y el mal es una presencia, una característica de ellas y de otros personajes. Sánchez se aproxima al texto en “cuatro fases: las constantes localizadas en los fenómenos textuales, lo masculino, lo femenino y las brujas” (p. 205). En el sitio de la narración, la oralidad es central, la interacción comunicativa provoca que lo dicho se convierta en realidad, las brujas existen porque como tales son nombradas. Sánchez halló una serie de signos, una semiótica constituida por oposiciones básicas: ocultar *versus* revelar, falso contra verdadero, saber contra ignorar, superior *versus* inferior, masculino contra femenino. Asimismo, el signo permanente de todo el texto es la violencia como manifestación del mal sistémico.

En la novela de Melchor, existe una problematización de la figura masculina conectada con lo maligno. Hay un vínculo que presenta la homosexualidad como sostén de la heterosexualidad real o aparente del macho, pero cuando “lo masculino se vuelve homosexual [...] es castigado narrativamente con el desprecio, la violencia y la muerte” (p. 211). Sánchez afirma reconocer en esta escritura el matiz mítico-mágico que rodea a las mujeres. De acuerdo con la razón patriarcal, a las mujeres se nos niega el estatuto de humanidad toda vez que se nos elabora como seres despreciables porque se nos cree más cercanas a la animalidad que los varones, o como seres idealizados, ángeles del hogar y vírgenes elevadas a los altares despojadas de la vivencia humana a través de la carne. A las brujas de la novela se les retrata sobre la base de creencias populares o supersticiones. Ellas no tienen propiamente un nombre son Bruja Vieja y Bruja Chica, y pertenecen al demonio, por lo que pueden tanto provocar el mal, como proteger a otros de ese mismo mal. Este mal es configurado por la palabra de la gente del lugar a través de las creencias, los chismes y los dichos comunes.

El problema del mal se halla presente a lo largo del libro entero, y así como saca a flote el aspecto perverso de la maldad psicopática a secas —propio de diversos personajes literarios que actúan movidos por el odio o el deseo incontenible de destruir al otro—, también pone la mirada en esa otra maldad, la que no es una necesidad en sí misma para el sujeto que la perpetra. La otra maldad aparece como parte de las circunstancias que rodean a quien la ejecuta, ubicado en la encrucijada entre la anomia y la indiferencia. El sujeto quizás hubiera tenido igual disposición a actuar en beneficio de su víctima, es decir, el mal como banalidad, como circunstancia donde el contexto determina a los sujetos ejecutores del mal.

Alessandra Luiselli explica el problema de la maldad cuando habla de la banalidad del mal de las niñas perversas en la narrativa de Silvina Ocampo; el mal es una controversia inacabada en la religión y en la filosofía de la religión y, considero, en la disciplina filosófica en lo general. Y fue el concepto de la *banalidad del mal* el que puso a Hannah Arendt en una situación complicada ante los ojos del mundo, cuando lo dio como diagnóstico de la personalidad de Adolf Eichmann, funcionario nazi, ejecutor de “la solución final” en la Segunda Guerra Mundial.

Luiselli trae esa discusión al análisis de las niñas perversas de Ocampo: esa banalidad del mal que exige de quien la ejecuta un distanciamiento de la condición humana de las víctimas que —momentáneo o permanente— le permite actuar sin odio, pero también sin remordimientos. Esta clase de mal puede concitar motivaciones distintas y distantes a la de hacer daño. En el cuento “La boda”, de Silvina Ocampo, la acción se origina en la filiación sin código moral o en el afán de hacerle un oscuro favor a la amiga, como ocurre con Gabriela y Roberta, cuando una araña ponzoñosa colocada furtivamente en el rodete de cabello de una novia trae la muerte como resultado de una aparente muy mala fortuna. Desde la perspectiva feminista, a los cuestionamientos de tal problema epistemológico se añade una pregunta: ¿qué origen tiene el mal atribuido a las mujeres? Este compendio de textos da pistas para avanzar sobre respuestas posibles.

Porque no todos los personajes femeninos creados por plumas masculinas asumen su malignidad, como en la tragedia griega explicada por Silvia Peláez. En la reflexión de esta autora hay una diferencia de género en la ejecución o forma de vivir el mal:

En obras sobre temas relacionados con el mal, los personajes femeninos asumen, viven y disfrutan su lado oscuro, en un apetito de tinieblas, de oscuridad solo a veces permeada por la luz tenue de la bondad o la belleza. [...] Reflexionar acerca de cómo surge el mal en un personaje femenino, cómo lo alimenta y lo ejecuta para tratar de

acercarnos a la respuesta: ¿De qué es capaz una mujer-personaje, y cómo es distinta la manifestación de la maldad en un personaje masculino? Personajes capaces de reconocer, asumir y ejecutar su propio instante de maldad. (p. 161).

Mi hipótesis concuerda con lo expuesto por Peláez: entre personajes femeninos y masculinos se juega distinto el acceso al poder desde el cual se ejecuta la maldad. En ello —me parece— recae una sugerente diferencia.

A propósito del título, creo que “Figuraciones del mal” en la escritura de las mujeres resuena con el “derecho al mal” que demandaba aquel feminismo de la década de 1970, el cual clamaba por la posibilidad de apartarse de las configuraciones de lo femenino que obligaban a las mujeres a someterse al molde o camisa de fuerza del género tradicional que exige el apego a los ideales patriarcales de la perfección: ternura, bondad, recato, castidad, disposición total a materner, práctica de la fe religiosa y búsqueda de la belleza física.

Figuraciones del mal en las creadoras hispánicas contemporáneas es, dado mi viaje de lectura, un amplio territorio de palabras en el que hay dos niveles narrativos, puesto que la intertextualidad funciona como un mundo en correlación con su inframundo: el hipotexto literario y lo que provoca decir el hipertexto literario. Ello obliga a releer o a leer por vez primera la creación literaria de cada autora comentada, y conduce a localizar otras pistas, otros textos en relación con el primero, trátense de estudios, películas u otros relatos literarios. Así, la invitación a tener una experiencia transtextual resulta muy seductora.

Otro concepto que aparece en uno de los análisis y que sirve también para explicar todo el compendio es el de *contralegitimidad lingüística* (Bourdieu, 2005). Resulta útil para entender la manera en la que las mujeres, al tomar la palabra, trastocan el orden del sistema heteropatriarcal, y, al desordenar el mundo elaborado para la centralidad de los varones —es decir, para el varón cis heteronormado, blanco, patrfamilias, propietario, escolarizado y con poder en todos los ámbitos—, da lugar a la emergencia de la presencia femenina en una suerte de espíritu que rehace el universo desde la intuición igualitaria.

De mi recorrido por *Figuraciones del mal...* puedo decir que ha sido deleitoso, placentero y provocador, ojalá quienes ahora leen esta reseña se animen a sumergirse en sus páginas y, con sus propios itinerarios y planes de viaje, emprendan su ir y venir del texto literario a la crítica literaria y viceversa, para hallar respuestas a la inquietante existencia con la guía de la mano femenina que produce creación literaria.

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, Hannah (2003), *Eichmann en Jerusalén. Un informe sobre la banalidad del mal*, Barcelona, Lumen.
- Bourdieu, Pierre (2005), *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Madrid, Akal.
- Carrillo, Virginia (2025), “Conservadurismo religioso y derecho a decidir en la *ciudad blanca*”, en Marta Lamas y Axel Rivera (coords.), *Demonizar el deseo. Aproximaciones a la política sexual*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 259-305.
- Genette, Gérard (1989), *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*, Madrid, Taurus.
- Lamas, Marta (2025), “Demonizar el deseo. Política sexual y neoconservadurismo”, en Marta Lamas y Axel Rivera (coords.), *Demonizar el deseo. Aproximaciones a la política sexual*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 77-113.

VIRGINIA CRISTINA CARRILLO RODRÍGUEZ

ORCID.ORG/0009-0000-3026-0135

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales

Universidad Nacional Autónoma de México

virginiacarrillo@cephcis.unam.mx

NORMAS EDITORIALES